

CANTO PATRIÓTICO

¡ANCHA CASTILLA!

Del libro *La vida loca*, por el que
fué concedido al autor el *Premio*
Fastenrath.

Esta es la grande tierra de nobles,
la de las hondas é intensas calmas,
de los espíritus como los robles
y de los cuerpos como las almas.
La de las vastas, ricas llanuras,
en donde el campo cual oro brilla;
ricas en campos y en aventuras;
ancha Castilla.

«¡Ancha Castilla!», dicen las gentes,
con que se alientan los corazones
en las andanzas de los valientes
y se destierran cavilaciones.
¡Hermosa frase! Por siempre vibres;
tú, que demandas pechos magnánimos
y en hombres fuertes las manos libres,
libres los ánimos.

«¡Ancha Castilla!», firmes gritaban
 los castellanos, en tiempos grandes,
 bien por la Europa, que conquistaban;
 bien por las cumbres, sobre los Andes.
 «¡Ancha Castilla!», si desesperan,
 por sus montañas y por sus llanos
 á todas horas decir debieran
 los castellanos.

¡Oh, tierras llanas! Ante mis ojos
 rizan los trigos sus densas olas,
 que ya salpican de puntos rojos,
 como de sangre, las amapolas.
 El cielo guarde vuestros graneros,
 con vuestras gentes, nobles y sanas;
 con vuestros campos, graves y austeros,
 ¡oh, tierras llanas!

Vivo en vosotras amable vida.
 Mañana y tarde feliz paseo
 por una parda senda florida.
 Descanso á veces, y á veces leo:
 libros de puros, hondos encantos.
 Porque me sepa todo á Castilla,
 estos mis libros, de hermosos cantos,
 son de Zorrilla.

Lejos columbro, como entre sueños,
 en lontananza, distantes sierras.
 Hasta sus lindes tienden risueños
 sus altos trigos las grandes tierras.

Sus trigos altos, de trazas finas,
 que al aire ondulan, en largas ondas;
 los que ya aguardan en las vecinas
 eras redondas.

La villa miro que el campo abraza
 junto al arroyo, que apenas corre.
 En el lindero de estrecha plaza
 clava la iglesia su vieja torre.
 Como á su amparo, casas medrosas
 suben, á rastras, pobres pendientes...
 En ellas viven, siempre afanosas,
 las pobres gentes...

Esta es Castilla, que tiene iguales
 cien y cien pueblos, como el que miro,
 y otros, á miles, rubios trigales,
 cual los que alegran este retiro.
 La de silentes villas famosas;
 la de castizas urbes ancianas;
 nobles dos veces: por generosas
 y castellanas.

Esta es Castilla, por quien lucharon
 tanto magnate, tanto pechero,
 cuyas hazañas se eternizaron
 en las hazañas del *Romancero*.
 Esta es Castilla; de sabias leyes,
 de viejos usos, de idioma padre;
 madre de pueblos, madre de Reyes;
 ¡Castilla, Madre!

¡Madre de España! ¡Por los alientos
de su indomable raza bravía!
Si España tiene firmes cimientos,
los debe todos á su energía.
¡Raza de sobrios trabajadores,
que el suelo ingrato vuelven fecundo!
¡Raza de bravos conquistadores,
pasma del mundo!

Cuando su enseña plantó en Granada,
su pueblo altivo dejó sus lares,
rezó sus preces, ciñó su espada
y en loca empresa cruzó los mares.
¡Mares ignotos...! Cantó victoria,
y en su delirio de nuevo ambiente
no quiso menos para su gloria
que un Continente.

Y abrió á los hombres nuevos caminos,
engrandeciendo sus aventuras.
Y dió á su Patria nuevos destinos
con la grandeza de sus locuras.
—Por algo en próximo, sublime día,
la parca tierra, de parco brote,
tierra de Sancho, ¡Patria sería
de *Don Quijote!*—

Del otro lado del mar de Atlante,
venciendo fastos de Grecia y Roma,
su sangre rica vertió abundante;
llevó sus hijos, llevó su idioma;

llevó su espíritu, que difundía
sus resplandores de sol romántico;
¡sol en Poniente... que todavía
dora su Atlántico!

Madre, no sufras; ni á la flaqueza
del desaliento postres tus bríos,
hoy que te dañan, en tu tristeza,
viejos rencores, nuevos desvíos;
en tanto el cielo permita y mande
que al fin renueves magnas historias,
tú, que en tus duelos eres tan grande
como en tus glorias.

En tanto dure tu raza fuerte,
y en tanto sienta fiebre de audacias,
nunca suspires porque la suerte
sobre tus hijos llueva desgracias.
¡Recobra el ánimo! ¡Fuera temores!
¿Quién, si lo afrontas, quién te mancilla?
¡Madre, no sufras! ¡Madre, no llores!
¡¡Ancha Castilla!!

CUADROS HISTÓRICOS

Los sífios de Zaragoza.

LA TORRE NUEVA

Romances galardonados con el primer premio en el Certamen Nacional para el *Romancero de los Sífios*, á que convocó, en 1908, el *Diario de Avisos de Zaragoza*.

I

¡Sitios, los de Zaragoza!
La Torre Nueva los vió,
sin que nadie los mirara
desde una altura mayor,
ni con ánimo tan firme,
por su firme condición.
Sólo, á veces, desde el cielo,
la luna, blanca de horror;
temblorosas, las estrellas;
rojo de cólera, el sol.
¡Siempre, y á mayor altura
que la Torre, sólo Dios!

¡Sitios, los de Zaragoza!
 ¿Dónde epopeya mayor?
 Por algo, ciudad insigne,
 tu sino te reservó
 el noble sitio que ocupas
 en el solar español.
 Miro á España frente á frente,
 como en mágica visión;
 con ademán arrogante,
 con gesto dominador;
 cual si de pie se pusiera
 por artes de la ilusión.
 Luce su frente corona
 de riscos en derredor;
 riscos del Pirene bravo
 que domina el Canigó.
 Hundidas en anchos mares,
 de rocas sus plantas son...
 Miró á España frente á frente
 con ojos de soñador,
 y es, en la noble apostura
 con que el afán la soñó,
 el lugar de Zaragoza
 el lugar del corazón.

* * *

¡Oh sitios inolvidables!
 ¿Dónde epopeya mayor,
 ni quién, cual la Torre Nueva,
 con tanta piedad los vió?

Fué la Torre como un símbolo
 de nobleza y de tesón;
 fué como la imagen viva
 de la Ciudad del Valor
 puesta de pie; como un reto
 del alma de Palafox,
 del alma de Zaragoza,
 contra el osado invasor;
 como altivo centinela
 que el sueño jamás rindió;
 como esforzado vigía,
 siempre con ojo avizor.
 No lograron conmovér
 ni estampidos de cañón,
 ni maldiciones rabiosas,
 ni alaridos de terror.
 ¡Jamás vaciló la Torre!
 ¡La Torre jamás tembló!
 Las voces de sus campanas
 fueron su vibrante voz;
 voz que llenara los aires
 con intensa vibración,
 como advertencia del riesgo,
 como aviso protector,
 y, á veces, con los rugidos
 de terrible maldición...
 Contra el francés, con el tono
 de la amenaza feroz.
 Para su pueblo bizarro,
 con la piedad del amor.

* * *

¡Torre insigne! ¡Torre Nueva!
 ¡Su gracia me preste Dios!
 Llevada por El mi pluma,
 celebre tus glorias yo.

II

*Zaragoza está en un llano,
 y la Torre Nueva en medio...*
 Zaragoza está cercada
 por poderosos ejércitos.
 Son los del gran Bonaparte,
 nuevo aborto del infierno.
 Mas no Zaragoza tiembla;
 tenaz resiste el asedio,
 con no igualada bravura,
 con no superado esfuerzo.
 Donde castillos... ó tapias
 no la aprontan parapetos,
 bien resguardados con bocas
 de cañones y morteros,
 murallas forman sus hijos:
 ¡las mejores! ¡con sus cuerpos!
 Si la defienden los mozos,
 no la abandonan los viejos;
 rivalizan las mujeres
 con todos, por sus alientos,
 y es la Virgen milagrosa
 del Pilar, desde su templo,
 valerosa capitana

de su tropa y de su pueblo.
 ¡En dónde tal heróismo,
 ni cuándo, los hombres vieron!
 Corre,—¡cuál corre!,— ganoso
 de contarlo al mar, el Ebro.

* * *

*Zaragoza está en un llano,
 y la Torre Nueva en medio...*
 Por la Torre no hay sorpresas,
 ni con la Virgen hay riesgos.
 En vano los enemigos
 multiplican sus empeños;
 en vano sus baterías
 acrecen sus vivos fuegos,
 y el aire cruje, rasgado
 por el feroz bombardeo;
 en vano al asalto acuden,
 suscitan fuertes incendios,
 en minas audaces piensan,
 y á todo se atreven ciegos.
 Siete veces atacaron,
 con el impetu frenético
 del alud; como en torrentes
 de chispas, ¡trombas de acero!!
 Otras tantas, derrotados
 y rechazados se vieron.
 Ora la lucha se entabla,
 sin tregua, rabiosa, dentro
 de la ciudad; lucha horrible,

cara á cara, cuerpo á cuerpo;
 ya por las calles sangrientas,
 ya cabe el roto convento,
 ya en las casas invadidas,
 ¡entre el polvo y el estruendo!,
 ¡contra lobos, que se lanzan
 como lobos al saqueo!
 Cálida noche de estío
 contempla el cuadro tremendo.
 Parte del Coso relumbra
 como un volcán, todo fuego.
 Arde la ciudad entera
 de furor, y á sus destellos.
 ¡Piedad, Virgen milagrosa!
 ¡Favor, Cristo de La Seo!

.....
 ¿Cómo, con la luz del día,
 truécase en vivo contento,
 por la ciudad, furia tanta,
 que llegó á espantar al cielo?
 ¡Ya levantaron el sitio
 los invasores! ¡Ya huyeron
 de su campo! ¡Ya se alejan
 sus batallones maltrechos!
 Desde la Torre, que canta,
 se les ve marchar muy lejos.
 La jota llena los aires
 de alborzados acentos;
 la gente llena las plazas,
 la gente invade los templos.
 «¡Viva Zaragoza!», gritan

miles de voces á un tiempo.
 ¡Gracias, Virgen milagrosa!
 ¡Gracias, Cristo de La Seo!
 El gran corazón de España
 retorna á latir sereno.
 Libres al fin, y españolas,
 por la virtud de su esfuerzo,
 sigue cantando la Torre,
 triunfa la ciudad de nuevo;
 ¡Zaragoza está en su llano!,
 ¡y la Torre Nueva en medio!!

III

Virgen del Pilar hermosa,
¿qué has hecho que te has dormido?
¡Ya han entrado los franceses
por la puerta del Portillo!
 Con las nieblas del otoño
 tornaron los enemigos;
 con el invierno, apretaron
 sus tropas contra el recinto.
 ¡Virgen del Pilar! ¿Qué hiciste?
 Ya es más duro el nuevo sitio,
 con que la ciudad se mira
 tan pendiente de tu auxilio.
 Sé de nuevo capitana.
 ¡No abandones á tus hijos!

Mas ¡ay!, que Dios, en sus altos
 é inexcrutables designios,
 acrece las grandes pruebas
 con la prueba del martirio.
 Ve la Torre con asombro
 cuál se tuerce el rauda giro
 de la Fortuna; contemplan
 sus grandes ojos, tan fijos,
 cuál los franceses avanzan
 sin vacilar, ¡como en círculo
 de hierro, para la muerte
 de la ciudad prevenido!
 Tremendas luchas de nuevo
 se riñen, con nuevos bríos.
 ¡Cuán tremendas! ¡calle á calle,
 casa á casa, piso á piso,
 palmo á palmo; fieras luchas
 en que disparos y gritos
 suenan menos que las voces
 de angustia de los heridos!
 Media ciudad es á modo
 de un infernal laberinto;
 llueven sobre Zaragoza
 las balas en torbellinos;
 traidoras minas revientan
 aquí y allá de improviso...
 Y en tanto horror, á la lumbre
 del incendio, á los rugidos
 de los cañones, al ronco
 toque de alarma continuo,
 más que las minas y bombas

pueden los aires mefíticos;
 más que las hondas heridas
 quebrantan los males íntimos,
 y al fin Zaragoza, presa
 de indescriptible delirio,
 sufre de la propia fiebre
 más que del asedio mismo.

* * *

Suben, llegan á la Torre
 desolada los suspiros
 y el estertor anhelante
 del pobre pueblo vencido.
 Y al cielo mira la Torre
 con sus grandes ojos fijos,
 con una angustia suprema,
 con un dolor infinito...

.....
 Paran de pronto el asalto
 los franceses. ¿Por qué ha sido
 tal mudanza? ¿Qué señales
 en la Torre Nueva han visto?
 ¡¡Bandera de parlamento!!
 ¡¡Zaragoza se ha rendido!!

.....
 Clamad, las torres hendidas;
 clamad, los rotos castillos,
 los hogares profanados,
 los templos escarnecidos,
 las calles ensangrentadas,

quemadas á fuego vivo.
 «¡Venganza!» decid al aire,
 que corra luego fatídico,
 y á España lleve la nueva
 del trágico sacrificio.
 Corred, las ondas del Ebro;
 ¡no miréis el trance inicuo
 de la ciudad!; ¡no la horrible
 desolación de sus hijos!
 ¡Tened envidia á los muertos!
 ¡Compadece á los vivos!
 «¡Venganza!» grite el Moncayo
 con sus cien bocas de riscos.

Toda España se levante
 con salto de cuerpo herido!
 Y en tanto los españoles
 no humillen al enemigo,
 que en tal extremo los puso
 de oprobios y de suplicios,
 con el público escarmiento
 de tremebundos castigos,
 el pan se les torne amargo
 y el sueño les huya esquivo;
 yermos contemplan doquiera
 sus campos antes floridos;
 vivan cual viles esclavos,
 tan sólo de serlo dignos;
 ¡malditos de Dios se vean
 meses, años, lustros, siglos!!

IV

Noche lúgubre, la noche
 de la fatal rendición:
 ¡quién dijera tus angustias!,
 ¡quién pintara tu pavor!
 Las campanas de la Torre
 doblan con fúnebre són,
 lloran con trémulos ayes,
 gimen con tétrica voz.
 Gime la Torre, con largo
 lamento conmovedor;
 por la ciudad, por sus hijos,
 por tanta desolación,
 por tanto mal. ¡No por ella!
 ¡La Torre no se rindió!
 ¡Sigue en pie, como una imagen
 pavorosa del dolor!
 ¡Ay, de Zaragoza muerta!
 ¡Moribunda se entregó!
 ¡Ay de España, mal herida
 en su mismo corazón!

.....
 Años después, Zaragoza
 recobraba su esplendor.
 Años después, sucumbía,
 vencido, Napoléon,
 cercado del mar rugiente
 y atormentado del sol.

Y á la faz del orbe entero
 palpitante de emoción,
 reviviendo Zaragoza,
 sucumbiendo su invasor,
 daban al mundo la prueba
 de la más alta lección:
 ¡la que contienen los fallos
 de la justicia de Dios!

LAS TRES CARABELAS

Marchaban por el mar tres carabelas
 al impulso del genio castellano.
 Marchaban por el mar, tendido y llano,
 con velas fuertes de rugosas telas.

Dejaban por el mar limpias estelas,
 y aguardaban, del término lejano,
 reinos ignotos; con que al aire vano
 por fin rindiesen las cansadas velas.

Meditaba Colón, con sed de gloria.
 ¿Se engañaba, quizás? ¡Error tremendo!
 ¿Soñaba, sin error? ¡Sueño fecundo!

«¡Tierra!» gritaron. ¡Grito de victoria!
 Y al grito de Colón, «¡Tierra!» diciendo,
 se confirmó la redondez del mundo.

POESÍAS RELIGIOSAS

PADRE NUESTRO

Padre del Hombre que en el Cielo estás,
venga el Tu Reino, con Tu gracia á nos.
No desoigan Tus órdenes, jamás,
Tu tierra, Padre, ni Tu Cielo, Dios.

Danos el nuestro pan, de vez en vez:
cada día, calmando su inquietud.
Tu pan, para los cuerpos robustez.
Tu pan, para el espíritu salud.

Perdona nuestras deudas, y á la par
hallen nuestros deudores su perdón,
por virtud de Tu ejemplo singular.

Gocen las almas, en Tu amor, del bien.
Libranos de la torpe tentación.
Libranos siempre del pecado. Amén.

LA SALVE DE LAS MONTAÑAS

En el silencio augusto de la noche
va sonando la voz de las montañas.
Las altas cimas á los cielos rezan,
las viejas cumbres con los cielos hablan...

«¡Dios te salve, María!», va diciendo
la voz de las montañas, á los aires...
»Reina y Señora del linaje humano,
dulce Señora de la sierra, ¡salve!

»Madre de Dios y Virgen de las vírgenes;
Madre de Cristo y su divina Gracia;
Madre de la pureza, siempre pura;
Madre divina del Amor, sin mancha;

»Fiel en tu amor, clemente y poderosa;
Cifra de las virtudes, Rosa mística;
Trono radiante de la suma ciencia;
Fuente del esplendor y la alegría;

»Vaso espiritual, excelsa torre
de pulido marfil, limpio Espejo
de la justicia, Madre cariñosa
de la tierra infeliz, Puerta del Cielo;

»Salud de los enfermos en sus cuitas;
Salud de las conciencias en sus ansias;
Refugio de los tristes pecadores;
Estrella sin rival de la mañana;

»Reina de los profetas, que te anuncian;
Reina mártir, Señora de los mártires;
Señora de los Santos, que te miran;
Señora de los ángeles y arcángeles;

»Dios te Salve, María; siempre Virgen;
Tú, como nieve de la cumbre, intacta;
Tú, como brisa de la sierra, pura;
¡Tú, como el agua del regato, clara!»

Suena la voz de las augustas cimas
en la calma solemne del silencio;
sube la voz, como en tranquilas ondas
el humo grato del quemado incienso.

«¡Dios te salve, Señora!», blandamente
repite la plegaria de los montes.
«Vida, y dulzura, y esperanza eternas;
¡Madre de la Piedad! ¡Madre del hombre!

»Claman á Ti los pobres desterrados;
claman á Ti los hijos de la tierra;
mal se resignan á sus largas culpas;
mal se reponen de sus largas penas.

»Lloran, y lloran, suspirando siempre;
siempre anhelantes, sus inquietas almas;
siempre, al azar, en tenebroso abismo,
valle siniestro de perennes lágrimas.

»Vuelve á sus penas tus amantes ojos,
dulce abogada del linaje humano;
torna tus ojos á los hombres tristes;
rasguen sus noches como vivos astros.

»Muéstrales á Jesús; dales que vean
luz de ilusión en lóbrego destierro;
muéstrales á Jesús, fruto celeste,
fruto de bendición. ¡Ruega por ellos!

»Ruega por ellos que tu gracia imploran;
hazlos, al fin, de tus favores dignos;
gocen, al fin, en éxtasis, las ricas,
gratas promesas del amor de Cristo.

»Mira que son sus infortunios hondos,
más que el profundo y encerrado valle;
más que el nublado tormentoso, negros;
más que el martirio del torrente, grandes.

»Logren perdón, misericordia; cesen
culpas impuestas por el sino aciago.
Madre de la Piedad, Madre del hombre,
¡treguá, piedad, para el dolor humano!»

.....

.....

Dice la voz, y en la apacible noche,
bajo la inmensa bóveda, cuajada
de capullos de luz, se va extinguendo
la solemne oración de las montañas...

EL CANTO DE LOS PESCADORES

(Imitación de Augusto Brizeux.)

En una barca pescadora
van tres ancianos marineros,
los tres cantando para sí.
Cantan así los pescadores,
con un anciano sonsonete...

Cantan así:

«¡Ah, qué hermosura, navegar!
Con cielo claro, vale el Mar
por lo que vale la Montaña.
Aunque descargue la tormenta,
gran esperanza nos alienta,
porque Jesús nos acompaña.

*Jesús camina sobre el mar.
Vé, mi barquilla... Marcha en paz.*

»Santos insignes, pescadores;
del hondo mar con los furores,
ó en el misterio de sus calmas:
¡oh, vuestras pescas portentosas!
En vuestras redes, milagrosas,
también entraron muchas almas...

*Sobre las ondas marcha Dios
Vé, mi barquilla, sin temor.*

»Ellos le vieron avanzar,
hacia sus playas, sobre el mar,
como un celaje puro y vago.
Mostraron todos su alegría.
San Pedro, en tanto, repetía:
«¡Sálvame, oh Dios! Ve que naufrago.»

*Jesús camina sobre el mar.
Vé, mi barquilla... Marcha en paz.*

»Pedro Simón: en tu barquilla
habló Jesús hacia la orilla,
para la turba, tan piadosa.
Después las redes se rompieron
de tanto pez como trajeron.
¡Oh, larga pesca, milagrosa!

*Sobre las ondas marcha Dios.
Vé, mi barquilla sin temor.*

»Sobre tu barca bien dormía,
bajo la luz de un turbio día.
Tormenta dura te espantó.
Jesús alzóse con tu espanto.
Le dijo al mar: «¡No rujas tanto!»
¡Y el fiero mar enmudeció!

*Jesús camina sobre el mar.
Vé, mi barquilla... Marcha en paz.*

»El bravo y noble pescador
que en su barquilla ve al Señor
ya logra siempre bien y medro.
Sin viento alguno que la espante,
siempre feliz, siempre adelante,
va la barquilla de San Pedro.

*Sobre las ondas marcha Dios.
Vé, mi barquilla, sin temor.*

»¡Oh, buen Jesús; oh, buen amigo
del pescador: ven, ven conmigo,
sobre mi barca, sobre el mar.
Ven, con Tu diestra en el timón,
y da á mi red Tu bendición...
¡Por ella viven en mi hogar!

*Vé, mi barquilla, sin temor,
porque es Jesús quien va al timón.»*

MARINAS

EN LAS ROMPIENTES

Desde pardas, firmes peñas,
por gracia del sol risueñas,
que al mar airado quebrantan;
grandes rocas, ribereñas,
que sobre el mar se levantan,

miro á las olas llegar,
decididas á saltar;
las miro, después, romperse,
y al fin, deshechas, cernerse,
ya en espumas, sobre el mar.

Vienen, á cientos; hinchadas,
vanidosas; adornadas
con leves crestas de plumas;
que tal parecen, rizadas,
sus blanquísimas espumas...

Llegan, con ansias crecientes;
pavorosas, imponentes;
con alientos de titanes,
¡como con locos afanes!,
¡en contra de las rompientes!...

Las asaltan, sin temor,
ganosas de acometer;
con frenético temblor,
con desatado poder,
con tremebundo furor...

Y al ver que sus furias locas
en las rocas se deshacen,
—por sus aristas y bocas,—
rugiendo se satisfacen,
¡mientras las rasgan las rocas!

Mis penas fuesen así.
Sus furias, al dar en mí,
quebrantarán sus rigores;
como las olas mayores
y más terribles, aquí.

Dios Santo: mi voz te invoca.
Termine mi vida loca.
Dame, al fin, dichas serenas.
¡Dame corazón de roca,
donde se estrellen las penas!

TRIRREMES AL SOL

Las quietas aguas del Mar Latino
bellas *Trirremes* surcan gozosas.
Van al amparo del Buen Destino.
La luz las baña con tintas rosas.

Lucen las velas tonos del fuego.
Los remos lanzan chispas veloces.
El mar transmite grato sosiego.
De tierra parten alegres voces.

¡Oh, la adorable, feliz mañana!
¡Oh, la admirable tierra cercana,
que al mar envía tan grato aroma!

Por el espacio, serenamente,
y á los destellos del Sol ardiente,
cruzan dos águilas... ¡Vienen de Roma!

LAS GAVIOTAS

BARCAROLA

De cuando en cuando,
las gaviotas pasan volando,
lentas y graves...
¡Oh, cuán alegres las libres aves!

Ya van á solas
sobre las grandes olas rizadas.
O ya en bandadas.
Volando siempre sobre las olas...

Sus blancas plumas
lucen los tonos de las espumas
del mar rugiente
sobre las peñas de la rompiente.

Con grandes vuelos, rayan los cielos
grises ó zarcos.
Van á los cielos, en grandes vuelos,
desde las rocas, desde los barcos...

¡Quién las siguiera, mar adelante,
con sol radiante!
¡Quién, con sus dichas, feliz gozara,
cuando las copia la mar tan clara!...

¡Lejos al cabo de costas duras!
¡Sobre las aguas del mar, remotas!
¡Lejos del hombre!... ¡Por las alturas
adonde llegan las gaviotas!...

COMO LA CULPA, LA PENA

I

PECES AL SOL

Mientras el aire de la mar respiro,
bajo las ondas, puras, transparentes,
y á los rayos del Sol, en cien torrentes,
peces mil, mil y mil, miro y admiro.

Llegan y tornan, en constante giro,
cual si brotaran de vecinas fuentes.
¡Cuán bellos á la vez, cuán diferentes,
y cuán gozosos en su mar, los miro!

Mas, ¿qué ocurre? Ya escapan, asustados;
como chispas huyendo de la fragua,
por leves, por brillantes, por dorados.

¡No es mucho, no, que la visión se borre!...
Un ligero delfín, rasgando el agua,
contra los peces, que lo vieran, corre.

II

JUNTA DISUELTA

Por claros senos de la mar, profundos,
recios delfines de improviso llegan.
Saltan, se encogen, se retuercen, juegan;
pasan, tornan, y giran, errabundos.

En claros senos de la mar, fecundos,
sosiéganse, por fin, y se congregan.
Y en charla simple, de la luz reniegan,
como del bien los hombres en sus mundos.

Mas, ¿qué miro? Ya escapa, ¡cómo escapa!,
la turba revoltosa, tan altiva,
tan maldiciente de la luz, tan guapa.

¡Ya escapa con terror! ¡¡Quién la detiene!!
¡Un submarino, como flecha viva,
contra el paraje que ocupara viene!

LA GALERNA

*¡Válganos Tu favor!
¡Va á saltar la galerna!
¡Protégenos, Señor!*

El cielo está plumizo.
La mar palpita, loca.
Desgárranse, crujiendo,
las crestas de las olas.

*¡Válganos Tu favor!
¡Va á rugir la galerna!
¡Defiéndenos, Señor!*

Las nubes son densísimas.
Allá, sobre la costa,
palpitan, asustadas,
las crestas de las frondas...

*¡Válganos Tu favor!
¡Ruge ya la galerna!
¡Protégenos, Señor!*

Y al fin la galerna desata sus iras,
con hórrido estruendo...
Las olas se atacan, saltando.
Las nubes se empujan, huyendo.
Y el aire su impulso redobla
que aterra;
que todo lo parte,
que todo lo rasga, que todo lo dobla,
por mar y por tierra.

*¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo santo!*

Parece que el viento,
violento,
que males suscita, sin cuento;
que llega
terrible; que zumba, que clama,
que aturde, que ciega,
que silba, que brama,
que rompe las ondas que crujen,
que grita con voces que rugen,
reparte el aliento
de miles de furias,
que, en fiera
salvaje carrera,
sus iras imponen á fuerza de injurias.

*¡Oh, cuadro sombrío!
¡Clemencia, Dios mío!*

La mar se desgarrá, batiendo las rocas.
Sus aguas, tan negras, tan rudas, tan locas,
en tanto sus senos quebrantan,
profieren clamores que espantan.
Clamores de angustia, mayores,
ya parten de tierra y al mar estremecen.
Clamores que trémulos nacen;
que en llantos, al fin, se deshacen;
que crecen, y crecen, y crecen...

*¡Oh, cuadro siniestro!
¡Clemencia, Dios santo, Dios nuestro!*

Las barcas de pesca, perdidas,
del viento batidas,
del mar combatidas,
en vano batallan.
¡Las vencen las furias del aire,
que á modo de truenos estallan!
¿Qué pueden sus pobres pilotos?
De poco les sirve su anhelo.
De poco su brío. De nada su ciencia.
¡Los mástiles rotos
en vano se elevan al Cielo
pidiendo clemencia!

*¡Qué angustia, qué espanto,
qué horror, Cielo santo!*

¡Temblad! No os sonroje,
temblar, ¡oh, mortales!,
que veis, en tan breves momentos,
las iras de Dios, celestiales,
trocadas en rápidos vientos.
Si Dios es clemencia,
bondad que subyuga, suprema delicia,
también es á veces violencia
que el mundo provoca, ¡suprema Justicia!
Bien es que á las veces,—á veces el hombre
maldice Su Nombre,—
proclame que siempre le acatan
los vientos que aterran,
las nubes que rayos encierran,
los truenos que asordan, los rayos que matan
Bien es que revele, por modo sublime,
su magno poder, infinito,
que bienes ó penas prodiga.
Bien es que pregone que el Dios que redime
también es á veces el Dios que castiga.

Por Él, en los cielos, sublimes altares,
irradian los rayos, con luz que deslumbra,
la luz de Sus Rayos, eterna.
¡Por Él, á los mares,
se impone también la Galerna!...

PAISAJES